Sección Comentario de libro

Sección Ensayos y Revisión

El Existencialismo Pos-útil y el Humanismo del desplazamiento. Un encuentro con la vulnerabilidad humana

Post-useful Existentialism and the Humanism of Displacement An encounter with human vulnerability

Psi. Julie Paola Lizcano Roa
Bogotá, Colombia



"*La cultura líquida moderna ya no siente que es una cultura de aprendizaje y acumulación, como las culturas registradas en los informes de historiadores y etnógrafos. A cambio, se nos aparece como una cultura del desapego, de la discontinuidad y del olvido."*

Zygmunt Bauman

Resumen

Este artículo propone una reflexión psico-filosófica en torno al concepto de existencialismo pos-útil, entendido como una perspectiva crítica que cuestiona la centralidad contemporánea de la productividad, la utilidad y la exigencia de construcción permanente de sentido como ejes normativos de la existencia. A diferencia del existencialismo clásico, centrado en la acción y la producción activa de significado, esta propuesta desplaza la atención hacia una ética de la presencia, del habitar y de la vulnerabilidad compartida. Finalmente, se propone el humanismo del desplazamiento como horizonte ético y clínico alternativo, entendiendo al sujeto como una vulnerabilidad en tránsito, abierta al cuidado, al encuentro y a la posibilidad de habitar experiencias que no necesariamente requieren resolución ni traducción en términos de productividad. Se concluye que el existencialismo post-útil y el humanismo del desplazamiento constituyen una vía teórica pertinente para ampliar la comprensión de la salud mental contemporánea, ofreciendo nuevas herramientas conceptuales para pensar el cuidado, el sentido, la empatía y el acompañamiento en contextos atravesados por la incertidumbre, la fragilidad y la transformación permanente.

Palabras clave

Apatía; Existencialismo post-útil; humanismo del desplazamiento; vulnerabilidad; sentido de vida.

Abstract

This article proposes a psycho-philosophical reflection on the concept of **post-utilitarian existentialism**, understood as a critical perspective that questions the contemporary centrality of productivity, utility, and the constant demand for meaning-making as normative axes of human existence. Unlike classical existentialism, which is centered on action and the active production of meaning, this approach shifts attention toward an ethics of presence, dwelling, and shared vulnerability. Finally, it introduces the concept of **the humanism of displacement** as an alternative ethical and clinical horizon, understanding the subject as a vulnerability in transit—open to care, encounter, and the possibility of inhabiting experiences that do not necessarily require resolution or translation into terms of productivity. It concludes that post-utilitarian existentialism and the humanism of displacement constitute a relevant theoretical pathway for expanding the understanding of contemporary mental health, offering new conceptual tools for thinking about care, meaning, empathy, and accompaniment in contexts shaped by uncertainty, fragility, and ongoing transformation.

Keywords

Apathy; Post-utilitarian existentialism; Humanism of displacement; Vulnerability; Meaning in life.

Introducción

El *Mito de la Caverna* de Platón ha sido, durante siglos, una metáfora fundamental para comprender la relación entre apariencia y verdad. En él, la humanidad aparece encadenada a un mundo de sombras, habituada a una visión parcial de la realidad que se asume como suficiente. El ascenso del prisionero hacia la luz representa un desplazamiento físico y epistemológico, un tránsito que lo aparta de la utilidad inmediata que ofrecen las sombras para conducirlo hacia una forma de verdad que, aunque más exigente, promete autenticidad. El mito platónico sitúa al ser humano ante una obligación ética: abandonar la comodidad del engaño y orientarse hacia la luz, incluso si esta hiere o incomoda. (Platón, 1997)

En contraste, Albert Camus presenta en el *Mito de Sísifo* una visión que renuncia a la idea de una verdad superior. Sísifo está condenado a un ciclo interminable: empujar una roca que siempre vuelve a caer. Pero lejos de ser únicamente una figura trágica, se convierte en un símbolo del hombre moderno que reconoce el absurdo del mundo y, aun así, continúa. Para Camus, Sísifo es libre precisamente porque no espera una recompensa trascendente. Su consciencia del absurdo no lo paraliza; por el contrario, lo impulsa a afirmar su existencia en el acto mismo de resistir. Su dignidad surge de la lucidez y del esfuerzo. (Camus, 2002)

El diálogo entre ambos mitos revela una tensión fundamental entre dos modos de comprender el sentido de la existencia. Mientras Platón concibe una verdad externa, estable y ascendente, Camus niega cualquier fundamento último y coloca el sentido dentro de la acción humana misma. Esta tensión se vuelve particularmente relevante cuando se la examina desde el marco del **existencialismo pos-útil**, una corriente contemporánea que deseo plantear en este ensayo, como aquella que reconoce un agotamiento de los ideales de utilidad, progreso y teleología. Desde esta perspectiva, el ascenso platónico ya no garantiza una verdad absoluta y la resistencia camusiana no conduce necesariamente a una revelación final. Ambos gestos son, más bien, modos de habitar la incertidumbre.

El existencialismo pos-útil (que quiero proponer en este ensayo, si se me lo permiten) sostiene que el ser humano ya no busca —como en Platón— una verdad definitiva que lo salve, ni —como en Camus— una reconciliación heroica con el absurdo. Más bien, reconoce que la vida contemporánea opera en zonas intermedias, ambiguas, donde el sentido ya no es una meta ni una condena, sino un resultado parcial y mutable. En este marco, la salida de la caverna no es un destino, sino una práctica: un ejercicio constante de cuestionamiento y revisión. Y el esfuerzo de Sísifo deja de ser un gesto trágico para convertirse en una forma de continuidad vital sin necesidad de justificación.

Por otro lado, al incorporar el **humanismo del desplazamiento**, esta lectura adquiere una profundidad adicional. Tanto el prisionero platónico como Sísifo son figuras desplazadas: uno abandona su mundo de sombras para enfrentarse a la luz; el otro se mueve eternamente sin

llegar jamás a un punto definitivo. El desplazamiento no es solo geográfico o físico, sino ontológico: ambos mitos describen una humanidad en tránsito, siempre fuera de lugar, siempre redefiniéndose. El humanismo del desplazamiento celebra precisamente esa movilidad, entendiendo que la condición humana no es estabilidad ni arraigo, sino *transformación*.

En última instancia, la combinación del existencialismo pos-útil y el humanismo del desplazamiento ofrecen una nueva síntesis: la vida humana no consiste ni en alcanzar la verdad ni en resignarse al absurdo, sino en sostener el movimiento entre ambos. El ser humano se vuelve creador de sentido no por descubrirlo, sino por desplazarse: por la capacidad de abandonar sombras, empujar rocas y reinventarse en cada gesto, aun cuando nada garantice un destino final. Esta ética del desplazamiento configura un humanismo que reconoce la fragilidad, la movilidad y la incertidumbre como rasgos constitutivos de lo humano.

Devolviendo la mirada de lo humano en tiempos frágiles. El tránsito.

"*Lo más profundo del hombre es la piel."*
Paul Valéry

Pensar un *existencialismo pos-útil* supone abrir una grieta en el modo en que la modernidad ha comprendido la existencia humana: ya no como proyecto de dominio, eficacia o productividad, sino como un habitar atento y vulnerable frente al mundo. En este desplazamiento, el ser humano deja de definirse por su *hacer* —por su rendimiento o función— para reencontrarse en el *entre*, ese espacio silencioso donde acontece el sentido sin finalidad. La época contemporánea ha hecho del hacer su dogma central. En la lógica de la utilidad, todo lo que no produce o no sirve parece carecer de valor. Sin embargo, como advierte Martin Heidegger (2012), el olvido del Ser comienza precisamente cuando el mundo se reduce a "recursos" disponibles. El pensamiento pos-útil intenta, entonces, devolver al existir su gratuidad, recuperar el gesto no funcional del estar-presente. También Byung-Chul Han, en su crítica a la "sociedad del cansancio", denuncia cómo el exceso de acción y de auto explotación vacía al sujeto de toda interioridad. El descanso, la pausa y la contemplación se vuelven actos de resistencia ontológica. (Han, 2017).

Aquí entonces, entra una cuestión importante a trabajar, y que me genera una gran preocupación y es la *apatía* que está marcando significativamente nuestra época: la burla por el sufrimiento del otro, la envidia, las competencias mal sanas, el odio, el rencor, etc. Esa insensibilidad al sufrimiento humano, Bauman (2000) la considera como aquellas nuevas formas de censura que coexisten con el lenguaje sádico y caníbal hallado en Internet y desatado en orgías verbales de odio anónimo, cloacas virtuales de la extensión de las redes sociales que acaban siendo invasivas. Además, cuando más íntimo, provocativo y escandaloso sea el contenido de los anuncios, más atractiva y exitosa será el maltrato en los otros e incomparables promoción y mayores serán los índices de despliegues de insensibilidad, alimentando así una visión apocalíptica de las relaciones actuales del ser humano en el mundo. Por ello, teniendo en cuenta lo anterior, surgen preguntas como: ¿Qué sentido tendrá la vida cuando ya no sintamos nada por nadie? ¿Al plantear un existencialismo pos-útil se abrirán puertas para pensarnos como libres, vulnerables y, por lo tanto, verdaderamente humanos?

El Existencialismo de lo Pos-Útil, como propuesta para este ensayo comienza desde una revisión a la idea central de Jean-Paul Sartre sobre: *"la existencia precede a la esencia".* En el marco del capitalismo tardío, la esencia humana se ha confundido peligrosamente con la utilidad económica. El individuo no es un ser-para-sí, sino un ser-para-el-mercado. La identidad se cimenta en el rol productivo, la capacidad de generar valor y, por ende, de justificar su existencia ante un sistema obsoleto. Por ende, la incursión de un existencialismo pos-útil, como automatización, funcionaría como un agente catalizador que disolvería la esencia artificial actual.

Esta disolución de la utilidad no solo plantea un desafío filosófico, sino que desata una profunda crisis psicológica. El concepto de alienación, históricamente ligado a la separación del trabajador de su producto, se extiende en la era Pos-Útil a una alienación del propósito mismo. El individuo, liberado de la necesidad de producir, se encuentra sin un guion social que valide su esfuerzo. Esta falta de validación externa se traduce en una angustia crónica, exacerbada por la visibilidad socio-digital. El valor personal, antes asegurado por un rol estable, ahora se vuelve precario y dependiente de la constante demostración de pertinencia en un entorno de obsolescencia acelerada. La depresión, el burnout, y la ansiedad son, en este contexto, las somatizaciones de la inutilidad percibida. (Han, 2017; 2021; 2022).

Esta crisis que es alimentada constantemente crea una narrativa cultural que exige la auto- optimización perpetua. Si la máquina se encarga de la utilidad material, el ser humano se ve forzado a convertirse en su propio proyecto de utilidad: debe ser su propio CEO (Chief Executive Officer), su propia marca. Esta presión por encontrar y proyectar una nueva esencia o identidad es psicológicamente agotadora. El desplazamiento de la utilidad laboral se sustituye por la utilidad personal y estética, manteniendo al individuo atrapado en el mismo ciclo productivista, solo que ahora el producto a optimizar y vender es el propio yo. El Humanismo del Desplazamiento debe, por lo tanto, ofrecer una vía de escape psicológica que libere a la persona de la necesidad de ser su propio capataz. (Han, 2013; 2014; 2015).

Esta condición de Existencialismo de lo Pos-Útil obligaría al ser humano a confrontar su ser-ahí (*Dasein*), despojando aquellos atributos que el sistema le ha otorgado. El Desplazamiento, en este sentido, no es una contingencia lamentable, sino la condición existencial revelada. (Heidegger, 2012). Metafóricamente hablando, seria definitivamente el desarraigo de la identidad funcional: el trabajador, el productor o el engranaje del sistema ya no

existirían. Lo que quedaría es la libertad radical de una existencia incondicionada, este desarraigo es el primer paso hacia la autenticidad, pues la angustia del desempleo o la obsolescencia nos obligaría a generar un diálogo directo con la propia finitud y la falta de un propósito trascendente e impuesto.

Reinventando el ser en un mundo excesivo: la nueva ética.

"*Todo lo que es verdaderamente humano es frágil."*
Hannah Arendt

Teniendo en cuenta lo anterior, entro a la pregunta: *¿Qué sentido tendrá la vida cuando ya no sintamos nada por nadie?* Desde una perspectiva psico-filosófica, la pregunta sobre el sentido de la vida en la ausencia total de afecto por los demás toca las fibras más profundas de la existencia humana, confrontando el sentido inherente que otorgamos a la conexión emocional y la posibilidad del nihilismo. La sensación de apatía y la pérdida de *sentir* hacia el Otro son las heridas psicológicas más profundas de la utilidad desvanecida. Esta anestesia emocional ocurre cuando las relaciones se han reducido a meras transacciones o vínculos de conveniencia funcional (es decir, a una forma de utilidad). Cuando la cadena de producción se rompe, el lazo transaccional se disuelve, y la inercia lleva al solipsismo: si el Otro ya no es útil para mi progreso o estatus, el afecto se atrofia. (Merleau-Ponty, 2000).

Psicológicamente hablando, la capacidad de sentir apego, empatía o amor es considerada un pilar de la salud mental y la motivación. Al retirar este cimiento, la experiencia humana se enfrenta a una anestesia afectiva radical, un estado que, para muchos, es sinónimo del vacío existencial más abrumador. Si el otro es el espejo donde se refleja y se valida una parte fundamental de nuestro ser, su ausencia emocional genera un eco ensordecedor de la propia Nada. (Binswanger, 2004).

Desde la psicología existencial, gran parte del sentido se ancla en las relaciones interpersonales. El amor, la compasión, incluso el dolor de la pérdida, actúan como vectores que orientan nuestras acciones y propósitos. Estos afectos otorgan trascendencia a la vida cotidiana, vinculando el "yo" con un "nosotros" mayor. Cuando este motor emocional se detiene, la vida se reduce a una suma de actos puramente instrumentales o biológicos, perdiendo la dimensión de significado que emana de la interacción y la co-construcción de realidades. (Yalom, 2008)

El sentido

"*El sufrimiento deja de ser sufrimiento en el momento en que encuentra un sentido."*

Víctor E. Frankl

Filosóficamente hablando, la pérdida de afecto por el Otro se alinea peligrosamente con el nihilismo pasivo, esa negación de todo valor y sentido intrínseco. Al devaluarse el valor de los demás, se devalúa implícitamente la red moral y ética que dota de propósito a la acción. Si no hay amor ni dolor por nadie, ¿por qué actuar moralmente? La ausencia de afecto interpersonal conduce a una "muerte de los valores" que tienen su génesis en el vínculo, dejando al individuo como un náufrago en un océano de indiferencia. (Arendt, 1958).

No obstante, la perspectiva psico-filosófica que deseo plantear en este ensayo es invitar a explorar la posibilidad de un sentido puramente solipsista o autotélico. ¿Podría el sentido residir en la autosuperación, la creación artística o la búsqueda de conocimiento, desvinculadas de cualquier validación o afecto externo? Aquí emerge la noción nietzscheana de la "voluntad de poder", entendida no como dominio, sino como la fuerza que impulsa la afirmación de la propia vida y la creación de valores individuales, incluso en el vacío emocional. El sentido se convierte en una tarea de auto-invención radical.

El gran riesgo de esta vida sin afectos es la instrumentalización total. Si los demás son meros objetos sin valor emocional, se vuelven recursos para los propios fines. Psicológicamente, esto se manifiesta en la frialdad patológica y la incapacidad para la empatía, llevando a una profunda deshumanización del propio individuo. La vida puede tener una *función* (mantenerse vivo, lograr metas), pero carece de la *calidad* de un sentido pleno y humanamente valioso. (Frankl, 2015).

Frente a la inoperancia del corazón, la mente racional y el juicio estético podrían ofrecer rutas alternativas. La vida podría encontrar sentido en la contemplación de la belleza (arte, naturaleza) o en la rigurosa coherencia del pensamiento (filosofía, ciencia). Estas actividades ofrecen una trascendencia impersonal, un refugio en la objetividad y la forma. El individuo se transforma en un observador o un creador desinteresado, encontrando valor en la estructura o el patrón, en lugar del vínculo.

La vida sin afecto intensifica la tensión existencial entre el ser como organismo biológico (necesidades de supervivencia) y el ser como ente que busca trascendencia (necesidades de significado) (Sartre, 1946). Al fallar la trascendencia interpersonal, el individuo debe confrontar si la mera supervivencia o la satisfacción de impulsos puede ser suficiente. La respuesta a menudo es negativa: el ser humano está "condenado a la libertad" de crear significado más allá de su biología. (Frankl, 2015).

El Humanismo del Desplazamiento ofrecería una alternativa: la interdependencia radical. La crisis de utilidad nos enseña que todos compartimos la misma condición desplazada y vulnerable. Esta vulnerabilidad universal, lejos de ser un camino a la apatía, se convierte en el terreno fértil para el *sentir* auténtico y no-utilitario. El sentido de la vida, por lo tanto, no se encuentra en la producción solitaria o la auto-optimización, sino en el reconocimiento mutuo de esta existencia incondicional y compartida. Aquí la energía humana debe ser reencauzada en la creación improductiva: el arte, el diálogo profundo, el cuidado mutuo y la construcción de comunidades fuera de la lógica de la

ganancia. Estas son formas de "gasto" soberano que afirman la vida por sí misma, sin justificación externa. Al dedicarnos a la creación y la solidaridad que no sirven para nada, es decir, que no son cuantificables ni capitalizables, recuperamos la capacidad de sentir de forma pura y desinteresada, redefiniendo la existencia como un fin en sí mismo.

El Existencialismo Pos-Útil que postulo en este ensayo, intenta comprender de alguna manera que la única forma de ser verdaderamente libres es cuando la existencia se libera de toda condición de utilidad impuesta. La libertad no es la capacidad de elegir entre dos bienes productivos, sino la afirmación del ser incondicionado. Esta libertad incondicional se ancla en la vulnerabilidad, ya que la vulnerabilidad es la verdad ontológica de la existencia sin defensas funcionales. Ser "verdaderamente humano" es aceptar esta dualidad: la libertad radical de construir el propio sentido, y la interdependencia fundamental que surge al reconocer al Otro desde la misma desnudez existencial. Para sostener este nuevo humanismo, la educación debe cambiar su foco de la capacitación para la utilidad (el rol) a la preparación para el desarraigo (la existencia). Esto implicaría enseñar no solo habilidades laborales, sino la gestión de la incertidumbre, la profundización del diálogo ético y fomentar la creatividad. La educación pos-útil debe cultivar la capacidad de ser sin hacer, permitiendo que el vacío existencial sea un espacio de juego y creación, y no una fuente de angustia y auto-explotación.

De alguna forma este ensayo demuestra que la crisis de utilidad, generada por el avance tecnológico y la crítica al rendimiento, no debe interpretarse como el final de la historia humana, sino como la oportunidad para el Humanismo del Desplazamiento. Argumentamos que la pérdida de la función productiva expone la existencia a su valor intrínseco. El desafío de la era Pos-Útil es pasar de la angustia de la obsolescencia a la soberanía del ser incondicionado. El verdadero Humanismo no es el que maximiza la producción, sino el que celebra la existencia gratuita, vulnerable y radicalmente libre. El ser humano, desplazado de su máquina, está finalmente invitado a habitar, de forma consciente y compartida, su propia e inútil humanidad.

El humanismo del desplazamiento también coincide con Frankl en su defensa de la dignidad. La dignidad no proviene de la productividad, sino de la capacidad de mantenerse en pie —interior o exteriormente— ante lo insoportable. La dignidad no es un valor antiguo, es un valor que necesitamos reinventar para el futuro.

Conectar a Frankl con la era actual no significa trasplantar literalmente su pensamiento, sino abrirlo. Frankl ofrece herramientas para una humanidad que ha perdido orientación. El existencialismo pos-útil y el humanismo del desplazamiento expanden esas herramientas hacia nuevas formas de entender la fragilidad, la movilidad y la resistencia del sentido frente a la saturación de lo contemporáneo.

Tal vez, en última instancia, el mayor aporte de este diálogo sea recordarnos que el sentido no se encuentra en las respuestas, sino en las preguntas que nos sostienen. Frankl, lo pos-útil y el desplazamiento coinciden en esto: vivir con sentido no es poseer claridad, sino sostener el movimiento hacia lo que nos llama. El sentido no está al final del camino: es el camino mismo cuando se recorre con presencia.

Conclusión

Después de pensar el cuidado como presencia y no como reparación, queda una pregunta inevitable: ¿qué hacemos con aquello que no se cura, no se normaliza y no se resuelve? La respuesta no es una fórmula, sino una actitud: habitar.

Habitar la intemperie no significa resignación, sino aceptación lúcida de una condición. La existencia humana nunca estuvo completamente a resguardo, aunque la modernidad haya prometido lo contrario. Hoy, cuando esas promesas se agotan, la intemperie vuelve a hacerse visible. La psicología existencial nos ha enseñado que el sufrimiento no es un accidente externo a la vida, sino una de sus formas de manifestarse. El existencialismo pos-útil recoge esta enseñanza y la radicaliza: no todo dolor debe traducirse en utilidad, aprendizaje o mejora. Hay experiencias que simplemente acontecen y nos desplazan. En ese desplazamiento, el sujeto no se pierde, pero tampoco permanece intacto. El humanismo del desplazamiento no propone una nueva identidad para reemplazar la anterior. Propone, más bien, una ética del tránsito: aceptar que no siempre sabemos quiénes somos mientras atravesamos una experiencia. En este punto, la noción de sentido se vuelve frágil. Ya no es un objetivo claro ni una narrativa coherente. Es algo que aparece intermitentemente, como una resonancia, no como una certeza.

Víctor Frankl hablaba del sentido como posibilidad, no como garantía. Hoy podríamos decir que el sentido no se encuentra: se deja acontecer cuando las condiciones lo permiten. Pero esas condiciones no se producen bajo presión. No emergen en la prisa, ni en la exigencia constante de explicación. El sentido requiere un cierto silencio interior, una suspensión del control. La cultura contemporánea teme ese silencio. Lo llena de estímulos, de productividad, de discursos. El vacío se vuelve intolerable. Sin embargo, es allí donde algo verdaderamente humano puede comenzar a decirse, desde el interior de cada ser humano. Habitar la intemperie implica renunciar a la fantasía de dominio. Aceptar que no todo puede ser anticipado, gestionado o sanado. Esta renuncia no empobrece la vida; la vuelve más honesta.

Desde esta honestidad, la salud mental deja de ser un ideal normativo y se convierte en una práctica cotidiana de cuidado de sí mismo y de los otros. Una práctica imperfecta, siempre inacabada. El cuidado, entendido así, no protege de todo dolor, pero sí de la soledad absoluta. No promete soluciones, pero ofrece compañía. Tal vez ese sea uno de los gestos más radicales en la tardo-modernidad: quedarse cuando no hay respuestas, escuchar cuando no hay nada que corregir, sostener cuando no hay progreso visible.

El existencialismo pos-útil no celebra el sufrimiento, pero tampoco lo niega. Lo reconoce como parte de una existencia que no puede reducirse a rendimiento ni a éxito. El humanismo del desplazamiento, por su parte, no ofrece una identidad reconciliada, sino una hospitalidad hacia el cambio.

Quizá el futuro de lo humano no esté en nuevas soluciones técnicas, sino en una relación más humilde con la vulnerabilidad. En aprender a no cerrar demasiado pronto lo que aún está vivo. Este texto no pretende ofrecer consuelo, sino acompañar. No pretende tranquilizar, sino hacer espacio. Y como todo acompañamiento genuino, llega un momento en que debe retirarse. No porque ya no sea necesario, sino porque el otro debe seguir su propio camino. Este final es, en ese sentido, una despedida incompleta. Una pausa más que un punto final. Queda abierta la pregunta por el sentido, por el cuidado, por la forma de habitar el mundo cuando las certezas se agotan. Tal vez sea suficiente, por ahora, con no huir de esa pregunta. Con permanecer un momento más en la intemperie, atentos, vulnerables, humanos.

Referencias bibliográficas

Arendt, Hannah. (1958) *La condición humana*. Paidós.

Bauman, Zygmunt. (2000) *Modernidad líquida*. FCE.

Bauman, Z. (2007). *Vida líquida*. Paidós.

Binswanger, L. (2004). *Introducción al análisis existencial*. Amorrortu.

Camus, A. (2002). *El mito de Sísifo*. Alianza.

Deleuze, Gilles. (1968). *Diferencia y repetición*. Amorrortu.

Frankl, V. E. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Herder.

Han, B.-C. (2013). *La sociedad de la transparencia.* Herder.

Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica.* Herder

Han, B.-C. (2015). *En el enjambre*. Herder.

Han, B.-C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Han, B.-C. (2021). *No-cosas: Quiebras del mundo de hoy.* Taurus.

Han, B.-C. (2022). *La sociedad paliativa*. Herder.

Heidegger, M. (2012). *Ser y tiempo*. Trotta.

Merleau-Ponty, M. (2000). *Fenomenología de la percepción.* Península.

Nietzsche, F. (2007). *Así habló Zaratustra*. Alianza.

Platón. (1997). *La República*. Panamericana.

Sartre, J.-P. (1946). *El existencialismo es un humanismo*. Nagel.

Sartre, J. P. (2004). *El ser y la nada.* Losada.

Sartre, J.-P. (2009). *El ser y la nada: Ensayo de ontología fenomenológica*. Losada.

Yalom, I. D. (2008). *Psicoterapia existencial*. Herder.

Curriculum

Psicóloga de la Universidad Santo Tomás (Bogotá, Col.). Especializada en pedagogía y docencia de la Fundación Universitaria del Área Andina. Ganadora del premio Pablo Rispo de psicología, 2014. Mg. en Psicología clínica y de la salud de la Universidad Atlántico de Barcelona y Universidad Internacional Iberoamericana de México. Coordinadora de la Revista DiversidadEs de la Fundación DiversidadEs. Autora de artículos científicos y de libros como “Análisis existencial en la escuela de la Restricción al encuentro creativo”, “Lágrimas furtivas”, “Polo a Tierra”, “Memorias de la tribulación” y “Cartas de Manuela Zimmerman”.

ORCID: https://orcid.org/0000-0002-2150-2056

Correo de contacto: julilizcano801@gmail.com

Fecha de entrega: 28/4/2026

Fecha de aceptación: 25/6/2026